



---

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Diana Carolina Aldana

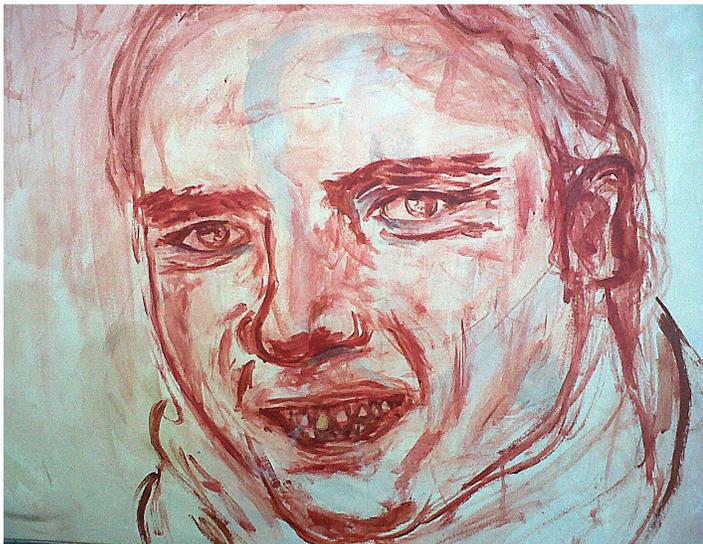
### ¿Quién intervino mi obra?

Ni el diente de oro que pinto, ni las rayas de los ojos, ni de la boca ni de la frente me parecieron chistosa. Respetemos la obra de los demás.

No me cabe pensar cómo es posible que alguien sea capaz de dañar e intervenir la obra de alguien más, si estamos en arte es porque entendemos el valor de cada trabajo y somos capaces de valorar y respetar nuestras creaciones así como las de los demás.

Espero que así el culpable si sienta al menos aludido.

—Diana Carolina Aldana



---

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Lina Espinosa

### Ya se supo quién fue la persona que le doró el diente a la pintura de Diana A.

Estimado interventor\*,

Primero que todo, los estudiantes del Taller Cuerpo y Pintura, queremos agradecerle por haber puesto la cara y haber ido a pedirle disculpas públicamente a Diana por haber participado (sin permiso) en la elaboración de su pintura. No hay duda de que el remordimiento de conciencia, el rechazo unánime de todos los estudiantes del Departamento y el retrato hablado publicado por Facebook, fueron elementos de presión arrolladores para que usted se sintiera identificado y además arrepentido. No sabemos si la amenaza de sanción disciplinaria, deducible por confesión anticipada, tuvo alguna incidencia, pero suponemos que no fue así.

Sabemos que mas que el temor al rechazo social, lo que primó en este acto de confesión, perdón y reparación, es que usted entendió por fin que un trabajo en proceso, en especial una pintura, es sagrada. Nunca antes se había visto en este departamento que nadie se atreviera a tocar un trabajo en proceso (ni mucho menos terminado) a escondidas de su dueño. Tenemos un código de honor que nos diferencia de otros espacios educativos, transmitido de generación en generación: nosotros respetamos el trabajo de nuestros compañeros. Nunca antes había pasado que alguien intentara intervenir en un trabajo ajeno o terminar lo que el otro está apenas vislumbrando con esfuerzo, o aquello que felizmente ha resuelto. Nunca antes desde la última vez.

Hay que reconocer que fue un gesto generoso el suyo, tratar de compensar su ofensa irrespetuosa de dorarle un diente y hacerle unas pinceladas magistrales en óleo a un retrato en acrílico, ofreciendo a la estudiante perjudicada, un nuevo bastidor, las pinturas necesarias para hacer nuevos trabajos y un bono por \$100.000 de la Librería Lerner. No sabemos si la dueña del trabajo intervenido aceptó este ofrecimiento, porque claro, mas que el daño material está el desagrado de encontrar el trabajo dañado, de sentir que la seguridad que habíamos sentido en el taller ha sido violentada por un compañero irrespetuoso, burlón y agresivo.

Hoy en día que están tan de moda las intervenciones en el arte y el arte participativo, hay que saber diferenciar los escenarios. Para las convocatorias artísticas la participación amplia y la intervención artística, pueden ser palabras

claves. Pero en nuestra vida real, el salón de clase y a escondidas, no, querido interventor.

A los estudiantes se les ha dicho mil veces que la pintura está muerta, lo hemos oído en los corredores, en los salones de clase, en los consejos de departamento. Suponemos que de allí surge la idea de su acto vandálico, su irrespeto visceral, su tono sarcástico. No se sabe porqué los estudiantes siguen insistiendo en querer enfrentarla, en defenderla, en cuestionarla.

\* Seudónimo del estudiante que dañó el retrato hecho por Diana A., cuya identidad se revelará en la próxima edición de González

—Lina Espinosa

---

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Lucas Ospina

### Sobre el respeto

En González #134 y González # 137 es posible rastrear otro caso de vandalismo en el Departamento de Arte. Esa vez sucedió en una exposición en la Sala de Proyectos en que la muestra, a grandes rasgos, consistía en cubrir las paredes de polvo y de un día a otro aparecieron unos grafitis hechos a punta de dedo que alteraban el purismo pictórico del hollín expuesto. En esa ocasión los autores de exposición consideraron que el acto de vandalismo era una intervención acorde a lo que ellos proponían y el caso, más allá de la discusión que se puede leer en esos números de González, no pasó a mayores.

En González #170 se menciona otro caso de vandalismo, lo narra Francisco Viveros y describe cómo su entrega final “apareció en el Z completamente destruida”. Viveros señala que “alguien” —que el Departamento de Arte no pudo determinar— le “regó café, la escupió, la llenó de icopor, y finalmente la arrancó dejándola en la basura.”

Estos precedentes ponen en duda algunas de las afirmaciones que se publican en el texto *Ya se supo quién fue la persona que le doró el diente a la pintura de Diana A.* publicado en este número de González; no es cierto decir que nunca “antes había pasado que alguien intentara intervenir en un trabajo” o afirmar que tenemos “un código de honor que nos diferencia de otros espacios educativos, transmitido de generación en generación”.

Es claro que el soporte sobre el que una persona hace un trabajo es para muchos una extensión de sí mismos, y que alterar ese espacio sin un acuerdo consensuado es a lo estético lo que a la vida civil es un vulgar manoseo, un puño o una violación. Pero más allá de esa delicada esfera personal y social habría que ver otras aristas del problema.

Es claro que muchas de estos actos de vandalismo responden a una malicia ociosa, a un afán deliberado de joder al otro, pero sería bueno considerar hasta que punto un trabajo botado en el suelo, arrumado entre muchos otros, dejado a su suerte, genera el respeto que tanto invocan las personas o las instituciones: es claro que todo trabajo tiene sus quince minutos de fama cuando el profesor lo ve o cuando le llega el momento estelar de la “corrección” en grupo, pero luego, una vez se pone la nota, es común ver como muchas de estas obras de arte vuelven a su condición mundana de objetos, se arruman sin ton ni son en anaqueles, se guardan sin cuidado en el baúl de un carro o sirven de protección ante la lluvia cuando su autor se baja de un bus.

Esto lleva a una contracrítica sencilla: se pide respeto para el trabajo propio y el de los demás, para la clase, para el profesor, para la universidad pero, ¿el espacio para trabajar es respetuoso con lo que ahí se hace? Este cuestión no se limita a la retórica de dotar a los nuevos edificios con que contará el Departamento de Arte de las mejores condiciones posibles para el desarrollo de las clases, sino que se extiende a la esfera personal, a lo individual, al lugar donde la persona tiene un contacto en singular con lo que hace y aprende a respetar el lenguaje, en pocas palabras, se resume al espacio donde los estudiantes trabajan. Ante esto, resulta llamativo que en las discusiones sobre espacios para arte en la universidad la iniciativa de dotar de talleres individuales a los estudiantes solo sea visible por su ausencia.

Vandalismo siempre va a haber, dentro o fuera de la universidad, pero propiciar las circunstancias para que las personas tengan una experiencia madura con el lenguaje es algo que sí se puede potenciar desde acá. Tal vez muchas personas no respetan porque no han tenido esta experiencia privada de lenguaje, lo único que han hecho es ejercicios para clase y montajes a la guachapanda, leído fotocopias y asistido a interminables correcciones, tal vez una persona que sepa lo difícil que es hacer algo y se haya adentrado a solas en los meandros y complejidades de la creación, sabrá respetar. Imponer el respeto a la fuerza o por presión social es una práctica efectiva pero equivocada, nos mantiene en lo policivo, en lo escuelero y lleva, inevitablemente, a una paradoja: ¿cómo pretender enseñarle algo a alguien cuando no existen condiciones para que aprenda?

—Lucas Ospina

---